

Lecturas





Lecturas

Textos de iniciación lectora

C O L E C C I Ó N
ANDRÉS IDUARTE
Biografías y Perfiles

José Manuel Piña Gutiérrez

Rector

Lecturas

Textos de iniciación lectora

Felipe Garrido | Francisco Magaña
Josimar Reyes Mosqueda | Luis Acopa

Edición Gratuita Conmemorativa
23 de abril 2015,
Día Internacional de Libro
y del Derechos de Autor



Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Primera edición, 2015

Director de la obra: Miguel Ángel Ruiz Magdónel

Fotografía de portada: Ana Sofía Hernández

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Zona de la Cultura. Colonia Magisterial
Avenida Universidad s/n C. P. 86040
Villahermosa, Centro. Tabasco.

Se autoriza el uso y abuso de estos textos de lectura,
siempre y cuando se citen cabalmente su autoría.

ISBN: 978-607-606-236-4

Impreso y hecho en Tabasco, México.

Nota editorial

Los caminos de la lectura, como lo reza el verso de la canción popular, “no son como uno imaginaba, no son como uno creía”. Esto lo confirman cada uno de los textos que aquí aparecen, los cuales fueron escritos a solicitud expresa y de manera directa con cada uno de los autores, a quienes desde siempre, les ofrezco mi gratitud por la confianza. Los pasajes que aparecen en estas páginas, fueron publicados por vez primera en una revista de corta vida, llamada “Yo leo”. Ahora los hemos retomado, porque creemos que inexorable es la llegada del hombre al libro, pero este encuentro puede ser, en vez de traumático, afortunado y dichoso. Ya sabemos que la lectura no es la panacea de la equidad social, pero si puede ser el detonante para una vida más completa a través del negro sobre el blanco, con estas escritos tratamos de crear vínculos que ayuden a exorcizar soledades,

acrecentando el interés lector, sin olvidar que
“el lector no nace, se hace”.

Luis Acopa
Editor

Lecturas

Textos de iniciación lectora

Leer es ver

Francisco Magaña

Pueblo Nuevo de San Isidro Labrador

Borges pensó el libro como una extensión del cuerpo. Una parte más, una prolongación del brazo. Pero una prolongación que propicia más de una utilidad o más de todas las inutilidades, según la perspectiva. Hay una lectura utilitaria, práctica, y que en ocasiones no precisa del libro: pero tampoco de nada más, una pantalla nos brinda el dato, la cifra, la fecha, y hasta allí llega su función. Pero hay también otro tipo de lectura: la que nos hace perder el tiempo, la que desarrolla mundos paralelos que hacen palidecer al ordinario que nos rodea, la que permite y propicia que sus venturas y desventuras se prolonguen hasta donde la vida alcance. Lejos del status maquinal de la

primera opción, la segunda nos hace vivir con la intensidad natural de los arrebatos.

Leer es ver, o mejor: aprender a ver. A la relación entre la poesía del silencio, que calla, y la pintura que nos dice con otro lenguaje lo que ignorábamos que nos gusta o disgusta, lo que ignorábamos que existía pues, dedicó Neus Galí su monumental obra que trata de las relaciones tan en apariencia distintas de ambas disciplinas.

La lectura en mi infancia no llegó sola. Trajo consigo al menos una posibilidad de otra lectura: las imágenes. La visión del ilustrador, que no era la nuestra pero que confirmaba de alguna manera lo que leía, abrió también el campo para la imaginación: para entrar al terreno siempre inexplorado de los caminos creadores y lúdicos. A partir de entonces, de ese horizonte que se desplegaba a través de la escritura y las imágenes, se fue formando, de una manera no muy clara, acaso intuita en momentos de gracia, el hecho de ver en los dos lenguajes (tan llenos de sí, tan de sus propios códigos) el espíritu gozoso de la invención.

Me gusta experimentar la sensación de que cada palpito, cada querencia y cada añoranza exijan su ruta de expresión. La reclamen. Porque no es cuestión de razonar: la necesidad de crear (un poema, una obra plástica, una sonata, un cuento) no se subordina a nada, ni siquiera al razonamiento. Surge, con el ímpetu de lo que hay que hacer, y no queda más remedio que llevar a cabo la tarea, para ver, en muchos casos, de qué se trataba el asunto.

Ya Valéry nos mostró su punto de vista, y hasta escribió una descripción del desarrollo de su poema mayor. Con todo ello, es imposible no volver a la pregunta inicial: y de dónde viene la idea. Llámese inspiración, chispazo, manifestación divina... Picasso: lo dijo de manera magistral: “si la inspiración viene me va a encontrar trabajando”, donde resume el nacimiento del proyecto y su complemento, de igual importancia: el trabajo. Bajo tal directriz habría que preguntarse de dónde procede la tendencia a leer, de dónde la tendencia a crear. De seguro la respuesta está en los libros...

Por lo que tiene de compulsivo, de reincidente; por el tiempo que nos hace “perder” y por los amigos que trae consigo, si no es un vicio, como escribiera Edith Warton, la lectura, al menos, sí cuenta con todos los desatributos y el desprestigio de éste. Y de un vicio a otro, se sabe, no hay más que un paso. Yo los adquirí en la secundaria, por ser disciplinas que se engrandecen en soledad y por ser aquella una etapa en la que estar solo significa más de una alegría, más de un desconcierto, más de un asombro que tiene que vivirse sin compañía. Pero también es entonces cuando se adquiere una convicción, quizá fundamental: qué hacer, con esa emoción, en la vida. El acto de leer, de escribir, de pintar, me llegó en bloque. El misterio que es tres y es uno solo. Y vino de pronto, sin algazara, en silencio: como llega el amor. Y por ese bloque intangible de ensueños he aprendido la importancia capital de un verso, la pincelada vital que se escondía, la fijación de una escena en la memoria: y el gozo en el corazón cuando el Altísimo permite, que nos

asomemos un poco, aunque sea un poco, a lo que está más allá de lo ordinario. Y esa es creo la labor del artista: compartir lo que le ha sido dado vislumbrar en momentos de gracia, lo que ha intuido, acaso sin merecerlo. Y compartirlo, sí: como se comparte un libro.

Libro en la mano, guitarra en el rincón...

Josimar Reyes Mosqueda

*Tengo el alma hecha ritmo y armonía;
todo en mi ser es música y es canto,
desde el réquiem tristísimo de llanto
hasta el trino triunfal de la alegría.*

Nicolás Guillén

Yo también anhelé ser músico, motivado por escuchar agrupaciones como La Barranca o Monocordio, con tendencias filosóficas y literarias, y dejé tajantemente de creer en el futuro que mis padres habían imaginado durante años para mí. Eran tiempos de bonanza en casa y en el transcurso de mi adolescencia reuní una pequeña colección de discos originales, no era aficionado a las descargas de música y la piratería me da aún escalofríos. En

general, buscaba grupos de rock en inglés y español. No voy a poner ahora a discusión la calidad de su trabajo, lo que sí quiero expresar es la sorpresa que me causó enterarme de una característica común a varios de los integrantes de esas bandas: cada que podían, frente a las cámaras o en alguna entrevista impresa, sacaban a la luz el lector que llevaban dentro. Para el pequeño mundo que habitaba, pertenecer a un grupo de rock se convirtió en sinónimo de ser “muy culto”. Fue por eso que decidí estudiar música. Por entonces yo no sabía siquiera dónde comprar un libro de los que decían leer, sin embargo estaba seguro de querer seguir el ejemplo de todo lo que ellos recomendaban; algo los hacía especiales, tal vez las diferencias de personalidad con los cantantes favoritos de mis compañeros en la escuela. Afortunadamente ninguno incitaba a cometer actos vandálicos o rituales satánicos, de lo contrario probablemente no estaría contándoles esto.

Escuchar aquellos discos y leer con atención las letras, me servían de referente en la

construcción de una identidad y significaban un refugio a los problemas que se avecinaban, consumir sus canciones era una fiesta. La fiesta me embelesaba por ese afán de rebeldía, de no seguir estereotipos ni normas. Por eso tanta necesidad de imitarlos. Cito a mi madre: “bonito me saldría el chistecito”.

Primero tuve que evadir las presiones familiares con tal de no terminar en un empleo poco o nada relacionado con el arte y la cultura, ámbitos que iban interesándome y de los que hoy sigo sin saber nada. Después solté en casa la noticia. Quería ser un guitarrista o cantante, líder de una banda, con cabellera larga, pantalón de cuero y muchas, muchísimas, mujeres alrededor. Así vislumbraba mi futuro cuando estaba a mitad del bachillerato técnico y mamá iniciaba su transformación en orientadora vocacional. Mientras ella me soñaba como un enriquecido contador público, yo aspiraba a la fama de los escenarios, a viajar por decenas de ciudades ofreciendo conciertos, ya fuesen masivos o en recintos *underground* –ingenuamente creía que

eso era ser un músico-, lejos de las oficinas y los uniformes. Para conseguir lo que anhelaba, me dije: “si quieres dedicarte a eso, tendrás que aprender pronto a tocar un instrumento”. En efecto, yo no era capaz ni de tocar el pandero. Decidido a vencer el primero de los retos, le pedí a un compañero de la preparatoria que me enseñará ejercicios de principiantes a cambio de una cantidad simbólica de dinero. Desempolvé un rústico requinto que mi hermano había comprado muchos años atrás, en Paracho, Michoacán, la tierra de la guitarra artesanal. Cambié sus cuerdas y pedí a un vecino que la afinara. Compré una funda especial y un atril. Tenía todo listo, la aventura musical podía iniciar en cualquier momento. Decepción primera. Imaginen qué nivel de virtuosismo demostré en las primeras sesiones que mi compañero, antes de seguir recibiendo los cuarenta pesos por hora, prefirió mandarme a una clase de verdaderos novatos.

Llegué al taller de guitarra clásica del Centro de Desarrollo de la Artes (CEDA), en la UJAT.

El profesor era un hombre alto, de cabellos blancos y estómago abultado. Asistí a clases durante todo un año, aprendiendo las seis notas básicas en unas malas fotocopias, cuyo alto costo no me importó pagar pues el deseo de aprendizaje musical seguía invadiéndome. El profesor hacía lo que podía por iniciarnos (incluyo a mis compañeras, estudiantes de enfermería, que llegaban a clases con la misma frecuencia de una epidemia) en el arte de la guitarra, sin embargo yo nomás no las tañía. No era capaz de coordinar movimientos y al poco tiempo de repetir las notas caía en una irremediable desesperación. Cada vez me desmotivaba más y, a causa de una nueva intromisión, dedicaba menos tiempo a practicar los ejercicios. Decepción segunda. Mi sueño de ser un *rockstar* se iba desvaneciendo al ver el lento progreso que tenía en el manejo de las seis cuerdas. Y ya ni les cuento del rotundo fracaso en la clase de solfeo, donde además descubrí cierta incapacidad rítmica, a partir de lo cual ya ni el *Guitarra fácil* pudo salvarme.

Pero, decía arriba, una nueva intrusa venía a robarme el tiempo. Decidido a terminar el segundo semestre del taller de guitarra y después abandonarlo por siempre, empecé a reflexionar nuevamente sobre el futuro universitario que me esperaba. Perdido en éstas cavilaciones, un domingo familiar, descubrí en la jaula roja llamada Sanborns -hoy de Slim- una colección de libritos negros escritos por H.P. Lovecraft, autor que el bajista cofundador de Metallica, Cliff Burton, leyó y consecuentemente compuso canciones inspiradas en su obra literaria. Tenía mucho intentando conseguirlos. Compré los tres tomos, que leí en menos de una semana. Un par de fines de semana después, volví al mismo lugar acompañado de mi padre con quien negocié, a cambio de pintar un muro, la compra de la novela *El extranjero*, historia de la que nace una canción de The Cure. La tercera y cuarta adquisición fueron dos obras que, según una popular revista de música, Enrique Bunbury admiraba. Se trataba de dos obras de teatro: *La importancia de llamarse Ernesto* de Oscar Wilde

-de donde toma su seudónimo el cantante español- y *La Sirena Varada* de Alejandro Casona. Puede parecerles curioso o tonto, pero de esta manera aprendí a comprar libros. No es motivo de orgullo, lo confieso, en mi casa nadie compra, ni por intenciones accesorias, libros. Hasta el 2007, nuestra biblioteca se reducía a tres colecciones de enciclopedias, con temas de historia universal, biología y química. Esas eran las lecturas que acostumbraba, textos manchados por el tiempo, páginas desgastadas por la humedad, y si bien me iba aparecía una novela fantástica, *best seller* hecho película, que mamá compraba al salir de los desayunos en Vips.

Definitivamente la cumbre de mi encuentro con la literatura llegó fortuitamente. Nada sabía yo de librerías en la ciudad, y las que conocían mis padres eran de corte académico. Libros de inglés, de español, de contabilidad. Ninguno de esos temas me interesaba. Yo lo que deseaba era conseguir aquel libro en que decían se basaba una canción de Café Tacuba: *Las Batallas en el*

desierto. O leer la obra clásica a la que Mago de Oz –grupo español- le dedicó un disco completo: *El Ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. Solo por mencionar dos ejemplos, que sirvieron de punto de partida en una nueva decisión.

Fue a finales de un verano. El salón del taller de guitarra era vecino del salón de literatura, usualmente miraba entrar ahí a una delgada mujer de piel morena, labial rojo y zapatillas altas. El cabello suelto más allá de los hombros, siempre al aire para dejar que los rizos disfrutaran del libre albedrío. Uñas largas rematando los espigados dedos y el taconeoso ritmo de sus pasos era algo imposible de ignorar. Mientras esperaba al profesor de guitarra, en el segundo piso, detenido contra el barandal del edificio, yo leía y ella entraba al salón de literatura, movía cosas, guardaba otras en un cajón rechinante. Luego, desaparecía. Verla era parte de la rutina. Lo misterioso es que nunca la veía con alumnos. Solo ella. De tal forma que me preguntaba a mí

mismo si sería ella la profesora de literatura. ¿Acaso semejante belleza será escritora?

Tras reflexionar acerca de mi nuevo fervor como lector por encima de la carencia de talento musical, una vez concluido el segundo ciclo en guitarra, me mudé a literatura. Descubrí que ella era la profesora, y aunque no era escritora sí era lectora. Con ella empecé a conocer nuevas obras literarias. Supe de los griegos, de los latinos y de los renacentistas. Lo que debí aprender en la secundaria o la prepa, lo conocí gracias a ese taller, que en realidad era círculo de lectura con un par de sesiones de escritura creativa.

Acercarme a las profundidades de la literatura clásica me llevó a conocer las vinculaciones entre la poesía y la música. Tema que desconocía por completo. Los cantos, las rapsodias, las elegías y los coros de la dramaturgia. De Homero a Virgilio, de Sófocles a Dante. Y vinieron la poesía de Góngora y Lorca, los sonetos de Baudelaire y los endecasílabos de Paz. Con el paso de los

meses, y la llegada de otro profesor, las lecturas empezaron a variar. En todas, una voz cantando, de felicidad o tristeza, daba igual lo importante era escuchar los sonidos que emergían de la lectura. En cada sentimiento producido por la lectura, un sonido distinto, porque hasta la narrativa debe llevar un ritmo. De pronto, sin darme cuenta cómo, también soñé con escribir mi propia obra.

Me parece que hablar de la música en la poesía es casi un lugar común, pero es imposible evitarlo porque música y letras, son un matrimonio inquebrantable. Eso determina que en la actualidad siga jugando a buscar a los músicos que meten poesía en sus canciones -no, Arjona no cuenta- y ganan premios literarios, o a los que toman un cuento publicado y le escriben una canción como si se tratará de la mujer amada. Ni hablar de los que solo toman el poema y le ponen la melodía, pues la música del verso les ofrece todas las facilidades para hacerlo. Sonrío sin tapujos al descubrir el escritor que llevan dentro músicos como

Armando Vega-Gil, Pascual Reyes, Bob Dylan o Joaquín Sabina y otros más.

Ya casi no compro discos originales, gasto lo poco que tengo, no hay más días de bonanza, en libros. Aún escucho a aquellos grupos, a los que le voy sumando otros, y elimino los que me han dejado de gustar. A veces, en la intimidad, canto lo que leo, o pongo en el estéreo un poco de jazz o de Sigur Rós, y sólo leo. Vuelvo a refugiarme así de los problemas que siguen pululando por todo el país, y dejo que la fiesta continúe al cambiar el *track*..., perdón, la página del libro.

El vicio secreto

Luis Acopa

Bien a bien no sé cómo ni por qué comencé a leer. Muchas veces he esbozado una historia que se confunde con otras, que a su vez más que reales parecen ser sueños. Cuando era pequeño, creí haber escrito un cuento que en realidad no fue sino un plagio involuntario, motivado por unos discos de acetato que mi padre nos compraba por correo a mi hermano y a mí (entonces éramos sólo dos), en esa revista de selecciones de nombre en inglés. Mi madre soltaba la aguja en el disco giratorio todas las noches, en un estéreo que acabaría en el suelo estrellado violentamente la mañana de un lejano verano en tierras tropicales, muy lejos ya de esa niñez y del lugar donde esta ocurrió. Aquellas historias acompañadas de canciones, eran las de Gabilondo Soler y el cuento, que según yo a mis 7 u 8 años había escrito, resultó

ser *El rey de chocolate*. Como todos imaginarán mi maestra de ese entonces, con esa habilidad que las caracteriza aún, en pro de las actitudes infantiles, ni me hizo caso ni encausó mis ganas de escribir, peor tantito ni un “a leer joven” me dijo en forma de consuelo.

Mucho tiempo después algo ocurrió en la casa que habría de cambiar mi vida. Un viernes por la noche, sin quererlo tropecé con la extensión eléctrica, en la cual se encontraba conectado el único televisor que teníamos. El aparato cayó, llevándose con ello once largos años de compañía, dejando sólo un cinescopio roto y las caras mal humoradas de mis padres y mis hermanos (entonces ya éramos tres). Todos tuvimos que acoplarnos a una vida distinta, no teníamos ni televisor ni estéreo ni dinero para comprar otros. Eran finales de los años ochenta, en el país se estrenaba una nueva palabra que llegaba para quedarse: la crisis.

Los primeros meses, mi hermano mayor y yo, nos divertíamos jugando fútbol en la calle y en el patio de fuera de la casa. ¿Ya mencioné

que vivíamos en un conjunto habitacional? Al regresar al terruño, del que fuimos separados por las pretensiones académicas de papá, éste en su regreso pródigo fue premiado por su trabajo de asalariado (sin mencionar la ayuda extra de ciertos servidores públicos, mediante un “regalito” que inspiró la bondad de quienes hacían el sorteo para la adjudicación de inmuebles) con una casa de interés social, de ‘las primeras que se hicieron en forma de condominios, con 40 departamentos compartidos (20 de cada lado) y de las últimas que se edificaron dentro de la ciudad. Por ello, al no contar con ningún aparato de entretenimiento, pudimos disfrutar de las delicias de “la vida de amontonamiento”, como define mamá a esos años. Agudizamos más nuestros sentidos, despertándonos con el sonido de los radios de los vecinos; aprendimos a escuchar telenovelas y partidos de fútbol, a leer periódicos prestados y encontrar figurillas en el techo que en un momento eran rostros y segundos después árboles, muñecos, ríos y todo

lo que la imaginación nos permitiese. Aunque esa no es la historia que quiero contar.

Yo comencé a leer porque estaba aburrido de muchas cosas, en primera de la escuela. Me aburría enormidades en esos salones pequeños con ventiladores de techo rechinantes. Me aburría la maestra. Me aburrían mis compañeros que no dejaban de ponerle sobrenombres a todos. Me aburría de mirar a Lucía que nunca me devolvió la mirada en todo ese tiempo. Para colmo de los aburrimientos, mi hermano se había ido a estudiar la secundaria y casi no nos veíamos, él estaba en el turno vespertino y yo en el matutino. Una tarde dejé de jugar fútbol y comencé a preguntarme ciertas cosas, que iban en el orden de: ¿por qué el sol se llama sol?, ¿por qué hay noche?, ¿por qué hay día?, ¿por qué el mar es azul? Y tantas otras cosas que mis maestras nunca contestaron y mi madre, porque mi padre trabajaba todo el día, me explicaba con el filtro de la interpretación divina todo, a decir por ella, era porque Dios así lo había hecho y a él así le convenía. Esa respuesta me

arrojó más dudas, hasta que descubrí en los librereros de papá, una enciclopedia científica que compró en el mismo catálogo de *Selecciones*, con la esperanza de que algún día nos sirviera. Cosa rara, papá siempre compró libros para nosotros, aunque siempre los guardó en cajas o en la parte más alta de librereros imposibles para nuestro alcance. Después de batallar por sacar uno, pude por fin encontrar un ejemplar que se llamaba: *¿Qué es la ciencia?*, en cuatro tomos, de pasta dura, color naranja, con un planeta de fondo, encima todos los grandes inventos del hombre y la figura de un astronauta.

Lo leí a escondidas de mis padres, por temor a que me regañaran por sacarlos de su lugar. Los tomaba en las tardes, cuando estaba solo, mamá ya se había vuelto económicamente activa, el dinero no alcanzaba y nosotros crecíamos, tuvo entonces que alistarse en las filas de una empresa transnacional que le enseñó que primero es el trabajo, después el trabajo y al final el trabajo; y tan así le fue que acabó enferma y endeudada, aunque eso es otra cosa. Aquellos libros que

comencé a leer en secreto, me contestaron muchas de mis preguntas y me enseñaron que no hay una sola verdad, sino muchas. Al poco rato encontré más que llamaron mi atención, todos los leía a escondidas, hasta que una tarde mi hermano no fue a la escuela y me acusó. Mis progenitores no dijeron gran cosa, sólo “no los rompas y acomódalos en su lugar”. Por comodidad los leía y consultaba a solas, nunca imagine que ese acto se haría un vicio y me convertiría en un lector de closet por muchos años.

Toda la secundaria hice lo mismo, aunque no con mucha regularidad. Ahí conocí a un maestro que le encantaba ponernos a leer en voz alta, corrigiéndonos con palabras que él estiraba para causarnos risa: “dddiiiccciiióóónnn”, “eeeennnttttoooonaaaacccciiiióóónnnn”. Motivado por esas clases leí un tiempo sólo en voz alta. El vicio se fue acrecentando cuando me expulsaron en el tercer año de secundaria, por acumulación de reportes, en descargo mío puedo decir que la gota que derramó el vaso

fue el no llevar a clases de deportes un estúpido uniforme. Un mes estuve sin clases, soportando burlas y reclamos, esto hizo que leyera más. Me costó mucho acoplarme a mi nueva vida en la secundaria, es más creo que nunca me acoplé. Por ello seguí leyendo de forma secreta.

En la prepa fue casi lo mismo, aunque el penúltimo año dejé de leer. Me decía que no tenía tiempo, que estaba muy ocupado viviendo, con nuevos amigos, nuevas amigas, enamoramientos repentinos y catástrofes que nunca alcanzaron el grado de escándalo. Al cabo de algunos meses, me di cuenta que todo lo que se puede hacer en la vida viene en los libros, que leer es vivir y vivir de una manera más amplia. Con mis amigos tenía ciertas opiniones que los hacía mirarme un poco raro y desconfiados, puesto que mis posibles habilidades no se reflejaban en la boleta de calificaciones. El vicio secreto siguió conmigo, pero se hizo un secreto compartido al encontrarme a un grupo de amigos que leían igual que yo. Nos intercambiamos libros un tiempo. La vida siguió, las lecturas igual,

hasta que el destino, el azar o el laberinto de los misterios, hizo que me encontraré con un libro que cambiaría mi vida y me hiciera pensar que podría aspirar a escribir además de leer. Ese libro fue *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, y la primera vez que lo leí fue a los dieciocho años, cuatro días y siete horas de haber nacido. Lo acabe en tres meses.

El vicio se hizo público cuando comencé a escribir. Fui a talleres literarios. Conocía a personas con historias distintas que habían terminado en lo mismo. Me rodeé de nuevos amigos. La lectura fue encaminando mi vida, hasta hacer de mí el sujeto que soy. Le debo mucho al sencillo y feliz acto de leer. Le debo poder estudiar una carrera universitaria que mis maestros de la prepa nunca pensaron lograría. Le debo grandes momentos de felicidad, de risas, llantos, tristezas, emoción, rabia, mesura, comprensión y más. Le debo conocer mucho lugares, físicos e imaginarios. Le debo saber mantenerme callado mientras los demás juegan hacer inteligentes con sentencias que no son

más que lugares comunes. Le debo mirar el mundo con otros ojos y a pesar de lo terrible que pueda ser, creer que merece siempre una nueva oportunidad. Le debo al leer el poder seguir hablando y nunca pensarme solo, el ser uno en la multitud y una multitud en la soledad, todo gracias a la lectura. Todo a ese vicio secreto

Lecturas de verano

Felipe Garrido

Me lo contó Luis Acopa y no se lo creí porque, al fin y al cabo, me dije, ¿qué va a saber Luis de lagartos? Será un cuento, un poema, algún artículo de los que escribe, me repetí y, por cierto, llegué a la conclusión de que este verano se antoja para leerlos.

Pero Luis, que no se deja desmentir, me dijo Si no lo crees anda con Armando, y me mandó con el maestro Romo López, también de la UJAT, que sabe un rato largo de lagartos y tortugas y manatíes y demás bichos de esta tierra. Así que seguí hasta el Periférico y ahí, como siempre, me perdí, porque cada vez que llego me indigna que alguien le haya puesto el Cámara a Pellicer. Está claro quién es Carlos Pellicer; nada le falta. Más bien le sobra, porque basta con decir Pellicer para saber de quién

se trata y recordar su arrebatada furia por el asesinato de Cuauhtémoc:

*¿En dónde está mi corazón
atravesado por una flecha?
La garza blanca vuela, vuela como una fecha
sobre un campo de concentración.*

*Porque el árbol de la vida, sangra.
Y la noche herida, sangra.
Y el camino de la partida, sangra.
Y el águila de la caída, sangra.
Y la ventaja del amanecer, cedida, sangra.*

*¿De quién es este cuello ahorcado?
Oíd la gritería a media noche.
Todo lo que en mí ya solamente palpo
es la sombra que me esconde.*

Y con esas palabras sentí ganas de volver a leerlo. Al igual que Luis Acopa, Carlos Pellicer se antoja para leerlo este verano. *El canto del Usumacinta*, y muchos otros poemas.

Dejando el Cámara para sus memorias. Porque, como les digo, en cuanto oigo o leo “Carlos Pellicer Cámara” ya no sé quién es. Así que llegué al Periférico y comencé a preguntar quién era ese señor y lo bueno es que nadie tenía la menor idea. No entiendo ese afán burocrático de darles a los artistas el nombre que les pone el Registro Civil, y no el que ellos se hacen componiendo música o pintando o escribiendo. Porque si Carlos Pellicer hubiera querido alargar su nombre, algo más le habría puesto. Pero no lo hizo. Firmó sus libros como Carlos Pellicer, y así habría que dejarlo en las calles y estatuas y foros y plazas y aulas y bibliotecas que llevan su nombre. Basta con decir Gorostiza, Arreola, Fuentes, porque así firmaron. En cambio, hay que decir López Velarde o Cabrera Jasso o José Agustín, porque éstos fueron los nombres que ellos construyeron. Y de paso, ya que ando en éstas, estos otros escritores son también sugerencias de lectura. Como Teutila Correa de Carter, con todo y su largo nombre. O Mónica

Lavín o Verónica Murguía o Beatriz Novaro, que usan menos palabras.

Pero yo no quería hablarles de esto, sino de lo que Luis Acopa me contó y de cómo no le creí y fui a buscar a Armando Romo, y luego pasó lo del Periférico, a lo que no quiero volver porque otra vez voy a hacer coraje. Finalmente, llamé a Armando por el celular y él, buen amigo, pasó por mí, que me había quedado en el Paseo Usumacinta y en el camino volvió a contarme lo que me había dicho Luis y yo volví a pensar que no podía ser cierto pero ya no dije nada.

Dejamos el automóvil algo retirado y nos escurrimos entre los árboles. Escuché unas palmadas, y una voz que pedía atención; era Stephanya, y al lado suyo se hallaba Olguita, sentadas ambas en un tronco caído a la orilla de la selva. Me hicieron recordar palabras que hace unos meses leímos juntos, Luis y Olguita y Stephanya y Armando, y muchos otros amigos: “En sus mejillas lucía el tenue color de rosa de un amanecer de abril, y en sus ojos el brillo intenso y sereno de un cielo tropical”. Pero

dejé mi recuerdo para escuchar a Olguita, tan animosa y sabia como cuando lee en la Librería Universitaria:

Siempre que vean un cocodrilo en la calle –decía de pronto el abuelo, más alto de lo que hacía falta, porque era medio sordo–, lo que tienen que hacer es calmar la temblorina y salir disparados. Pero jamás en línea recta, porque se alzan en las patas y son veloces como la fregada. Y no se rían, porque a mí ya me pasó dos veces; una afuera del Estadio de Beisbol, aquella tarde que los Olmecas apalearon a Quintana Roo, y la otra cuando iba saliendo de El Jaguar Despertado, después de una exposición. Si llueve, si se desbordan los ríos, si pasan cerca de las lagunas, hay que tener cuidado: los cocodrilos se esconden en los charcos. Allí se quedan quietos, agazapados en el agua oscura, con

los ojos de fuera, esperando que alguien pase.” El abuelo se llamaba Augusto. Era calvo. Usaba trajes de lino, sombrero de paja y camisas floreadas. Daba clases de piano y le gustaba caminar; también el coñac y las muchachas. Cuando yo iba con él por la calle, de pronto me apretaba la mano y me decía: “Alerta, alerta chamaco: charco a la vista.

Me conmovió la lectura de ese texto, que es mío. Está en *Conjuros* y espero que en la Librería Universitaria haya ejemplares, porque también podría leerse en el verano. Yo sé que aquí en Tabasco se está trabajando duro para que se lea más. Y de veras me asombra lo que han logrado con su Programa de Públicos Exóticos. Estaban todos tan atentos, tan callados, tan emocionados, tan felices. No pude resistirme a la tentación y les tomé una fotografía.



DEPARTAMENTO
editorialcultural

Dr. José Manuel Piña Gutiérrez
Rector

Dra. Dora María Frías Márquez
Secretaria de Servicios Académicos

Ing. Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Director de Difusión Cultural

Lic. Luis Alberto López Acopa
Jefe del Departamento Editorial Cultural

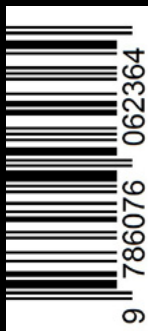


Esta obra se terminó de imprimir el 8 de mayo de 2015, con un tiraje de 1500 ejemplares. Impreso en Ya-xol, Calle Corregidora Josefa Ortiz de Domínguez. Col. Centro. Cárdenas, Tabasco, México. El cuidado de la edición estuvo a cargo del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.





Universidad Juárez Autónoma de Tabasco



COLECCIÓN
ANDRÉS IDUARTE
Biografías y Perfiles